

Cuadernos del Sur

Número 16 ■ OCTUBRE de 1993

Tierra  del fuego

Plan Cavallo y ciclo de acumulación capitalista*

El 1^{er} de mayo de 1993 el gobierno presentó un documento titulado "Argentina en Crecimiento 1993-1995", en el que se dan proyecciones económicas para los próximos años. Entre ellas se habla de un crecimiento del producto bruto interno del orden del 6% anual hasta el 2000, de exportaciones aumentando a una tasa superior a las importaciones y de una inflación descendente que para el año 2000 se ubicaría a nivel internacional (aproximadamente el 3%). En el camino hacia esos objetivos se contempla que la exportación debe-

ría crecer en 1994 un 8% y que la inflación en 1993 debería ser del 6,8%. Dado que la economía argentina viene experimentando un ciclo de crecimiento desde hace varios meses, estas cifras serían las proyecciones de tal crecimiento hacia un ciclo de acumulación sostenida. En este artículo intentaremos explorar el estado de algunas de las variables económicas esenciales -desde el ángulo del marxismo- que pueden echar luz sobre las bases materiales que tienen estas proyecciones, y en qué perspectivas generales de la acumulación

* Este artículo es una versión modificada y ampliada de uno previo aparecido en "Debate Marxista", número 1, 1993.

Quiero agradecer los valiosos comentarios que sobre el borrador previo me hizo llegar E. Lucita. También la colaboración en lo que respecta a fuentes y comentarios de Gabriel Macaggi.

capitalista, nacional e internacional, se inscriben.

El marco general de la crisis capitalista

La economía mundial capitalista entró en una onda larga de crecimiento débil¹ desde principios de los años setenta; hasta ahora la economía capitalista no ha superado los problemas de baja inversión, desempleo creciente y tendencia al estancamiento que arrastra desde entonces. Los ciclos de ascenso económico en los países adelantados, luego de las recesiones generales de 1974-75 y de 1979-82, no lograron revertir la tónica general; más aún, la crisis se mundializó, llegándose a un estancamiento progresivo de conjunto. En la década del sesentas la economía del mundo capitalista creció a una tasa del 4,9% anual, en los setentas el crecimiento fue del 3,8%, en los ochentas la tasa siguió cayendo, 2,7%, y en lo que va de los noventas -hasta fin de 1992- la economía mundial crece menos del 1% en promedio.

En la esencia de la crisis mundial se encuentra la caída de la tasa de ganancia (ver por ejemplo Mandel (1979)). Se efectivizó así la ley descubierta por Marx, de la tendencia de la tasa de ganancia a caer en la medida en que aumentó la inversión en capital constante por obrero y en que los mecanis-

mos contrarrestantes a esta caída perdieron progresivamente relevancia². Una tasa de ganancia que no logra recuperar los niveles de los años cincuenta y sesenta es el factor principal que explica la persistencia de la fase larga de crecimiento débil y recesiones. (al respecto, ver Th.R. Michl (1991)). Hablar de una fase larga con tendencia al estancamiento no implica negar la existencia en su seno de ciclos de crecimiento. Pero estos se distinguen de los ciclos de crecimiento que conforman un período de desarrollo prolongado.

Los períodos de desarrollo como los de la posguerra se caracterizaron por la existencia de grandes inversiones en plantas y conjuntos de equipos, por el auge de las construcciones -industriales e infraestructura- y el desarrollo de nuevos sectores dinámicos, que abrían más y más posibilidades de inversión y arrastraban al conjunto de la economía. Si bien este tipo de ciclos se dieron en su forma más "pura" en los países capitalistas adelantados, son registrados también en países atrasados, con las características particulares que les da la estructura económica dependiente y sometida al imperialismo³.

Contrariamente a lo anterior, los ciclos de alza que se inscriben en fases depresivas no cambian la tónica general del período porque la inversión sigue siendo

débil. El ascenso económico que se produce en estos ciclos se caracteriza por basarse principalmente en la reactivación del consumo, en la renovación de stocks, la utilización de capacidad instalada que antes estaba ociosa, e inversiones en equipos, racionalizadoras y de renovación, pero que no se amplían hasta llegar a conformar las bases para entrar en un período de desarrollo prolongado. Estructuralmente la desocupación no disminuye significativamente durante el alza, o peor aún, tiende a aumentar. Trataremos de demostrar que el actual ciclo capitalista de nuestro país se inscribe dentro de los ciclos con estas características.

La crisis argentina sigue la lógica de la crisis mundial

La economía argentina acompañó la fase larga depresiva de la economía mundial, y en especial la larga "década perdida" de los ochenta de América Latina. Enmarcar esta crisis en la crisis mundial contribuye a entender las características del actual ciclo argentino de crecimiento.

En este artículo adoptamos un enfoque que trata de evitar dos tipos de errores en que puede incurrirse: por un lado, considerar que la prolongada crisis argentina fue un mero reflejo de la crisis mundial, y por el otro reducirla a causas internas, a la crisis del llamado

modelo sustitutivo de importaciones; en este último enfoque, la crisis mundial es "adosada" a la crisis de la estructura económica del país, pero sin integrar ambas orgánicamente. La primera orientación tiene el defecto de que pasa por alto la especificidad de la crisis interna del capitalismo argentino. Pero es la segunda interpretación la más extendida, y la que merece mayor atención. Por lo general se considera que la explicación de la crisis por la caída de la tasa de ganancia -en el sentido desarrollado por Marx- sólo es aplicable a los países centrales, y que los países dependientes tienen leyes propias de la crisis que no responden a las generales del sistema capitalista. En sus versiones extremas se cae en visiones conspirativas de la crisis, como asignar su origen al carácter antipopular del gobierno, a la ideología liberal, etc.

Pensamos por el contrario que dada la internacionalización de la economía y el desarrollo previo del sistema capitalista, todos los países periféricos siguen cada vez más la lógica del capital mundial, particularizada en esta fase larga de crecimiento débil.

Para explicarlo más claramente, comparemos el desarrollo de la actual crisis en Argentina con la del treinta. En los treinta la crisis capitalista mundial produjo hasta cierto punto un proceso inverso al que se operaba entonces

en los países adelantados. Mientras en estos se desarrollaba una intensísima desvalorización de capitales, cierres de empresas, caída de las fuerzas productivas, países como el nuestro comenzaban en los primeros años de la década un proceso de industrialización liviana vinculado al mercado interno. Este era un reflejo de la crisis mundial, pero con dinámica interna distinta a la existente en los países centrales.

Hoy es todo lo contrario. La crisis mundial ha puesto nuevamente a la orden del día la desvalorización de capitales, el cierre de empresas, el achicamiento del gasto social, la desvalorización de la fuerza de trabajo, pero esta vez abarca a prácticamente todos los países dependientes. Es una lógica que se impone a cada país y a cada capitalista individual a través de los mecanismos intensificados de la competencia y de la internacionalización de la economía.

El principal argumento que se esgrime contra la explicación de la crisis argentina por la acción de la ley de la tasa decreciente de ganancia es que esta teoría sobre el origen de la crisis sólo es aplicable a los países adelantados; sólo en estos, se dice, habría operado efectivamente la tendencia a la elevación de la composición orgánica de capitales. Para los países dependientes esta ley no tendría validez, porque si bien la composición de

capital pudo haber aumentado en algunos sectores o países, sus repercusiones sobre la acumulación del capital son despreciables.

En este enfoque se olvida que la caída de la tasa de ganancia se impone sobre el conjunto de los capitales a través de la competencia y de la acción del mercado mundial. Es cierto que no todos los países siguen el mismo ritmo de cambio tecnológico; existe una estratificación de los capitales de acuerdo a sus diversas productividades, y esta estratificación es importante a los efectos de ver cómo opera la caída de la tasa de ganancia en concreto (ver Reuten (1991) quien da así un fundamento micro, clave para explicar el comportamiento capitalista y la acción de la ley). La caída de la tasa de ganancia se efectiviza a través de la caída de los precios, originada en la presión que ejercen los sectores más tecnificados (ver Bullock y Yaffe (1975) y Reuten); en determinado momento del ciclo la caída de precios erosiona la rentabilidad de los capitales, los más tecnificados dejan de realizar plusvalías extraordinarias y los que han quedado atrás en el avance tecnológico pasan a experimentar pérdidas. Entonces la necesidad de renovar equipos y plantas se hace imperiosa, pero el debilitamiento de la tasa de ganancia puede hacer esto impracticable para los capitales, máxime en condiciones de acrecen-

tada competencia internacional. Es el momento de la crisis, la hora de la liquidación de los capitales improductivos; la ley del valor hace valer sus derechos en el mercado mundial, arrastrando al torbellino a todos los países capitalistas, adelantados o dependientes. Todos los capitales, hayan o no aumentado la composición orgánica, son afectados por la acción de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y están obligados a subordinarse a las tendencias que emanan del desarrollo de la crisis de conjunto. Esto incluye a los capitales de los países dependientes. Al internacionalizarse más y más la economía, la lógica se hace valer para todos. Por este motivo hoy en nuestro país el desarrollo de la economía muestra rasgos muy semejantes a lo que sucede en otros lugares del mundo capitalista.

En segundo lugar nuestro enfoque trata de no caer en una visión simplificada o esencialista de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia; esta explicación se puede considerar "el primer corte" en la explicación marxista de la crisis (D. Harvey (1990) utiliza esta expresión). En particular es esencial articular otros factores, tales como la extensión del trabajo improductivo, característica en esta fase del capitalismo, y más importante aún, los fenómenos financieros y monetarios, que tienen una fuerte incidencia so-

bre la tasa de ganancia neta empresaria (la que resulta luego de deducir intereses y renta), que a su vez es la decisiva en la marcha de las inversiones productivas (Crotty (1985) subraya este punto con acierto).

La internacionalización del capital financiero y la inestabilidad monetaria a partir del quiebre del orden monetario mundial establecido en Bretton Woods, actuaron como mecanismos poderosos de extensión de la crisis a los países dependientes, junto a la caída de los precios de las materias primas y la crisis de superproducción (ver Ominami (1986)).

De esta manera, lo que hubiera sido una crisis (en 1975) de las tantas que afectaron cíclicamente a nuestro país, -crisis de balanza de pagos, baja productividad, agudización de los conflictos de clase- empalmó entonces con las exigencias de la crisis mundial capitalista de largo plazo. Marcó sí el fin de la etapa de la acumulación basada en la sustitución de importaciones, pero lo más importante es ver que, a diferencia de lo que sucedió en la crisis del treinta, se impuso la lógica típica de una crisis estructural del capitalismo: una carrera hacia adelante por bajar costos salariales, una lucha interburguesa desesperada por sobrevivir ante la inevitable caída de empresas, mayor dominio del capital financiero -basado en la separación entre capital productivo

y monetario que se produce en toda crisis económica⁴ - tendencia a la centralización de capitales y un cuestionamiento de las condiciones anteriores en que se accedía a un lugar en la división internacional del trabajo. Examinaremos ahora las bases débiles que presenta el actual ciclo alcista de la economía argentina.

El problema clave: la falta de inversión productiva

Un error de algunos críticos del gobierno -en especial en los análisis de la izquierda- es el moverse con una óptica catastrofista, del tipo de las que anuncian siempre el colapso inminente del capitalismo o del plan económico. Es un dato de la realidad, que no debería desconocerse que en junio de este año se cumplieron 12 trimestres consecutivos de crecimiento medidos contra igual período del año anterior; desde el lanzamiento del Plan de Convertibilidad hasta fines de abril de 1993 la producción industrial creció un 27%.

De lo que se trata entonces no es de desconocer este ciclo alcista, sino de ubicarlo en su justa perspectiva. La pregunta central es ¿Qué tipo de ciclo es éste? ¿Marca el inicio de una fase sostenida de desarrollo económico, que colocaría al capitalismo argentino con tasas de crecimiento parecidas a las de Corea del Sur, por ejemplo?

Para contestar estas preguntas empezaremos examinando el comportamiento de la inversión privada, que debe ser considerada como la variable clave. Esto se refuerza ante la virtual desaparición de la inversión pública. El promedio de inversión pública, ya muy bajo en los años 1985-1990 -el 2,3% del PBI- se ha reducido aún más: entre 1991 y 1993 fue de sólo el 0,9%. La inversión privada es entonces el mejor indicador de la solidez del actual ciclo.

Durante el primer año del plan económico el gobierno sostuvo en repetidas oportunidades que la inversión progresaba a buen ritmo, al compás del afianzamiento del Plan de Convertibilidad. Si bien las estadísticas en nuestro país son muy escasas y de poca fiabilidad, los integrantes del equipo económico sostienen que a través de los datos de la importación de equipos y máquinas (bienes de capital en la terminología burguesa) se podía deducir la existencia de un buen nivel de inversión. Posteriormente se precisaron cifras de crecimiento de las inversiones, aparentemente "impresionantes", ya que mostraban un aumento en 1991 del 25% con respecto a 1990 y en 1992 del 30% con respecto a 1991.

Pero vistas en relación al PBI no son importantes. Impresionan porque se arranca de niveles muy bajos, pero la inversión sigue

siendo débil. Los países que experimentaron desarrollos económicos fuertes y sostenidos tuvieron tasas de inversión equivalentes al 30% o más del PBI; es el caso de Corea del Sur, una de los modelos a imitar para la mayoría de los economistas burgueses de nuestro país. En Argentina la inversión es apenas el 16,7% del PBI (de acuerdo a las nuevas mediciones del PBI, y según datos de inversión proporcionados por el Ministerio de Economía). Pero esta cifra miserable aún parece "inflada" porque otros estudios, esta vez privados, la ubican todavía mucho más abajo. Por ejemplo según un cálculo reciente de A. Andersen, "Economic Trends in Argentina", la tasa de inversión sería de sólo el 10% del PBI.

Estos datos demuestran que el crecimiento económico de nuestro país en los últimos dos años tiene muchos rasgos de los ciclos con altos niveles especulativos e inversiones "livianas". Es un crecimiento basado en inversiones como servicios, en la reconstitución de stocks debida al crecimiento del consumo y a la renovación de equipos y a la racionalización, pero sin aumento importante de las inversiones de largo aliento. A partir del plan de Convertibilidad y el descenso de la tasa de inflación, sectores de la alta y mediana burguesía y de las clases medias volvieron parte de sus ahorros en el

consumo de bienes durables (automóviles, electrodomésticos, parcialmente construcciones lujosas). Esto generó un auge (mediatizado en buena medida por el aumento de las importaciones), que a su vez tuvo algunos efectos multiplicadores; por ejemplo el aumento de horas extras en las ramas de producción para este mercado interno generó un aumento parcial de la demanda de bienes de consumo no durables. Por consiguiente empresas dedicadas a la producción masiva para el mercado interno (alimentos por ejemplo) mejoraron sus índices de producción y rentabilidad. Hoy los sectores que están trabajando con índices más bajos de capacidad ociosa son los dedicados a la producción de bienes de consumo durables. Pero aun estos sectores que muestran altos índices de producción no aumentan en general su capacidad instalada (o sea, invierten poco en nuevas plantas industriales).

Pero, sin embargo, es la situación de los sectores básicos como petroquímica, celulosa, acero, química, máquinas herramientas. Es significativo que este último sector trabaje en promedio con un 50% de capacidad ociosa. Otros, como la petroquímica, están en muchos casos al borde de la quiebra. Por su parte, los afectados directamente por las importaciones destinadas al mercado de consumo

interno tampoco invierten, o peor aún, desinvierten.

El gobierno y muchos de sus defensores apuntan a las inversiones en equipos que sin embargo se detectan en muchas empresas. Efectivamente, en este tipo de ciclos es típica la inversión "racionalizadora" (también se observa en las recuperaciones de los setenta y ochenta de los países industrializados) que registran los estudios sobre las empresas de Argentina. Son inversiones que buscan el aumento de la productividad y de la rentabilidad mediante la renovación parcial de equipos y el aumento de los ritmos de trabajo. Pero no asistimos a una importante ampliación de inversiones de más largo alien- to, en especial en plantas industriales, infraestructura productiva, etc. En general se advierte una tendencia muy marcada a racionalizar, suprimiendo empleos, sin que por otra parte haya una reabsorción importante de los despedidos, en particular en el sector manufac- turero.

Como señalamos antes, los integrantes del equipo económico presentan el aumento de las importaciones de equipos como prueba del alto grado de inversión existente. Las estadísticas muestran que un 43% de las importaciones de 1992 estuvieron integradas por medios de producción de diverso tipo. Pero esta cifra se relativiza mucho cuando se comprueba que los ru-

bros más dinámicos son los compuestos por la importación de bienes de oficina y aparatos de teléfono (ver recuadro):

Importaciones de bienes de capital, 1992 principales rubros en dólares, y % del total

Equipos de oficina y cálculo	417	13,5%
Aparatos de teléfono	227	7,3%
Aviones de más de 15.000 kg	150	4,9%
Vehículos automotores de transporte de mercancías	143	4,6%
Barcos de pesca	86	2,8%

(Fte: "El Economista" 2/7/93 en base a datos del Ministerio de Economía).

En la misma línea de pensamiento, podemos citar los datos que aportan Roberto Bisang y Bernardo Kosacoff, de la CEPAL: las principales empresas del país incrementaron sus importaciones en los dos últimos años un 160%, pero sólo un 6,9% de esas compras externas estuvieron constituidas por bienes de capital.

Las inversiones en centros comerciales, supermercados, etc que tanto emocionan a algunos apologistas -al estilo Neustadt- ayudan a crear un clima de recuperación e inclusive circunstancialmente de "boom", pero en sí mis-

mas son incapaces de generar y de sostener una acumulación capitalista ampliada. Por su parte los ligados a actividades agrarias, como tractores o químicos, también experimentan retracción. Es que el agro se ha visto afectado por la situación internacional y la caída del tipo de cambio. Sobre un índice 100 para 1986, los ingresos por exportaciones del sector exportador de productos agrícolas fueron en 1992 de 67,2 para el trigo, de 81,7 para el maíz y de 72,5 para la soja, siempre según datos del BCRA.

Un párrafo especial merece la situación de amplias zonas del interior del país, que están literalmente desvastadas. Algunos datos relevantes dan idea de la magnitud del desastre: en La Rioja queda en pie sólo el 40% de la industria, en el Chaco cerraron todos los frigoríficos, las aceiteras y las fábricas textiles, y el cultivo del algodón desciende vertiginosamente (44% menor que el año anterior), en Misiones el banco provincial está al borde de la quiebra, arrastrado por la caída de la producción regional, en especial la tabacalera, y así podemos seguir con una larga lista de provincias y regiones.

Con respecto a las inversiones provenientes de las privatizaciones, el "logro" más festejado por los partidarios de plan económico - y dejando de lado el tema de las prebendas, negociados,

precios viles, etc-, éstas de por sí no implican un aumento de la inversión neta productiva del país. Por empezar, comprar una empresa existente no significa, obviamente, construir una empresa, sino un simple cambio de manos, una transacción. Si el dinero pagado al estado va a cubrir anteriores déficits o deudas, en el mejor de los casos dará algo de "aire" al consumo, pero no es decisivo en la sustentación del ciclo. Pero en segundo lugar, es sabido que gran parte de estas privatizaciones no fueron ni siquiera abonadas con dinero en efectivo. El total de la inversión nacional por privatizaciones entre 1989 y 1993 fue de 9840 millones de dólares en efectivo (en buena medida correspondiente a repatriaciones de capitales nacionales) y 14.400 millones provenientes de conversión de deuda a valor nominal (datos proporcionados por la consultora Infupa S.A.).

Todo lo que decimos no niega la existencia de un aumento de la inversión durante estos trimestres de crecimiento. Por ejemplo en sectores como la alimentación se abren algunas plantas industriales nuevas, la racionalización implicó compras de equipos y las empresas telefónicas han realizado algunas inversiones. Lo que negamos es que este grado y tipo de inversión estén marcando el despegue de un desarrollo sostenido en Argentina. Tal vez nada

resume mejor la situación que lo manifestado el año pasado, en un simposio de inversores internacionales por un capitalista chileno, quien decía que el mejor negocio en Argentina era "invertir en restaurantes". Esta apreciación individual es confirmada por las cifras globales. De acuerdo a Diego Videla, presidente del departamento de Relaciones Exteriores de la Unión Industrial Argentina, el 98% del total de las inversiones extranjeras directas realizadas en el país en los últimos dos años se volcó al sector servicios, sobre todo al suministro para las empresas privatizadas (La Nación, 8/8/93).

No es casual entonces que los sectores financieros, de seguros e inmuebles sigan presentando las tasas de crecimiento más dinámicas, mientras que el sector manufacturero es el que más pierde en la participación relativa en el producto bruto, ya que pasa del 31% en 1989 al 22% en 1992.

El tema del ahorro y la inversión

Un hecho significativo es la existencia de una masa importante de capitales líquidos que no se invierten en la producción, (lo que coincide con lo anotado por Marx durante las crisis⁴). A la inversa de lo que dicen Cavallo y otros "adoradores" del FMI, que hablan de la falta de ahorro, en estos momentos existen en los cir-

cuitos financieros y bancarios enormes masas de recursos líquidos que permanecen ociosos, a la vez que las tasas interbancarias bajaron a niveles irrisorios. Este es un fenómeno mundial, que se reproduce a escala nacional. Sin embargo las empresas -en especial las medianas, las productoras de bienes de producción, etc- se quejan de que no consiguen financiamiento productivo. A partir de la reforma financiera de febrero de este año la capacidad prestable del sistema bancario en nuestro país ha crecido a una tasa anual del 40% entre enero y marzo y en mayo se ubicaba en casi 22 mil millones de dólares (entre moneda local y extranjera). Pero el sector capitalista productivo no capta esos "ahorros" (que no son otra cosa que la concentración de todas las disponibilidades líquidas de las clases medianas en manos de los grandes capitales y el flujo cotidiano de cash de estos, la acumulación de ingresos por amortizaciones, etc); o sea, no se invierte productivamente a pesar de que hay una gran masa de dinero prestable. Estos capitales líquidos "dan vueltas" buscando en los circuitos financieros y especulativos ganancias rápidas; fuertes sumas de capitales que provienen del exterior -en marzo algunos estudios los ubican en 2.000 millones de dólares, el 5% del producto alimentan también el crecimiento del consumo de sectores burgue-

ses y la masa prestable, pero no entran en la producción. Por este motivo diversos estudios registran quejas de sectores empresarios; por ejemplo una encuesta realizada por la Asociación Católica de Empresarios (ACDE) dice que un 47% de las causas de postergación de proyectos de inversión se debe "a la falta de financiación a largo plazo". Pero los bancos no dan financiación porque las tasas de ganancia de las empresas no son lo suficientemente fuertes.

En los últimos tiempos el tema de la escasa tasa de ahorro se ha instalado como uno de los ejes en torno a los que discurren las disquisiciones de los expertos neoclásicos. Inclusive integrantes del equipo de Cavallo (Llach y Cottani en un trabajo presentado en la convención anual de Adeba de este año) han justificado el déficit comercial como supuesta compensación -provisoria- de la falta de ahorro interno. El consenso general en el mundillo de los economistas defensores de la actual orientación es que la ausencia de un ahorro suficiente presenta obstáculos al desarrollo de una inversión sostenida. Para ellos el dinero es el factor causal o activo en el desarrollo económico y la inversión. L.J. Junker (1967), en su crítica a este enfoque de los neoclásicos, sintetiza muy bien el razonamiento de estos: "El fondo monetario es el agente creativo por excelencia del

sistema industrial, el cual puede avanzar sólo si se consigue una acumulación previa de fondos monetarios y luego es prestada y adelantada para propósitos industriales".

Para los ofertistas y para la mayoría de los neoclásicos la fuente de ahorros -y por lo tanto de inversión- reside en los ahorros personales; el problema sería entonces cómo introducir arreglos monetarios que fomenten el ahorro, abriendo cajas especiales para los pequeños montos dinerarios de capas medias, y aun de los jubilados (lo que se parece más a un chiste de mal gusto).

La primera objeción que se puede hacer a este enfoque es que olvida que el ahorro decisivo está en manos de las grandes corporaciones y capitalistas, que son los que disponen de la inmensa masa de plusvalor arrancado a la clase trabajadora⁵. Pero además hemos visto cómo aumentó la liquidez y la inversión sigue sin aparecer. Esto revela que la falta de inversión no se debe a una "oferta de capital restringida". Además se puede decir que el problema tiene doble cara en esta lógica burguesa, porque por un lado bajas tasas de interés supuestamente desalentarían el ahorro, pero altas tasas harían lo mismo con la inversión.

No se puede salir de esta aporfa sin replantear todo el problema. Una vez más la ortodoxia

neoclásica hace agua, y una vez más los "primitivos clásicos" (Ricardo en particular) plantearon bien el problema. Para estos el ahorro importante es el del empresario capitalista, y el interés es una remuneración que va al capital dinerario, que de por sí no puede jugar un rol activo independiente. Marx a su vez retomó este enfoque enmarcándolo en su teoría de la plusvalía y la acumulación capitalista. Para Marx el interés también está determinado por la tasa de ganancia; cuando ésta es alta existe la inversión productiva, y el interés se adecua por ser una parte de la plusvalía arrancada en la producción. Cuando la tasa de ganancia industrial desciende, y con ella la inversión y los negocios, la tasa de interés tenderá a subir, como movimiento derivado del ciclo económico. Por su parte el ahorro, lejos de ser un dato inmutablemente determinado por la tasa de interés y de tener un papel activo independiente, pasa a ser en la óptica de Marx y de los clásicos una variable determinada por la inversión y por la tasa de ganancia. Se ahorra para la inversión, y cuando ésta no es rentable, el ahorro permanece en estado líquido (esta crítica sigue en gran medida el lineamiento de la que dirige a los neoclásicos S. Amin (1975)).

Por último digamos que, además de la mistificación inherente a la teoría neoclásica sobre el

ahorro y la inversión, la propaganda a favor del primero juega el rol ideológico de justificar "apretar el cinturón" de la inmensa mayoría de la población, para que no gaste, y la política de "concentrar ingresos en los ricos" para supuestamente incentivar la inversión. Pero además la polémica es un reflejo, distorsionado por la lente del aparato conceptual neoclásico, del talón de Aquiles para la marcha de la acumulación capitalista: la inversión sigue siendo débil porque la tasa de rentabilidad en los sectores manufactureros sigue siendo baja. Llegamos así a otra determinante del ciclo que nos falta estudiar. Si los bancos exigen altas tasas no es porque "en sí" tengan la perversidad de la "patria financiera" -como se gusta decir en algunos ambientes de izquierda y del marxismo vulgar- sino porque responden a la lógica de la rentabilidad del capital, lógica que gobierna todas sus decisiones.

Aumento de la explotación y tasa de ganancia

Nunca se insistirá lo suficiente en el rol que tiene la tasa de ganancia en el ciclo económico. El capital produce con vistas a la rentabilidad, y este objetivo rige todo el ciclo. Una tasa de ganancia conveniente empuja a la inversión. A su vez, ésta reacciona sobre la tasa de ganancia, ya que amplía los

mercados, la demanda y la mayor inversión. La reestructuración, la centralización de capitales, el aumento de la tasa de plusvalía, buscan reestablecer esta tasa.

Sobre el aumento de la tasa de explotación los datos son contundentes: por un lado, disminuyó sustancialmente el salario: sobre un índice 100 para 1985 del salario real devengado, en mayo de este año se ubicaba en 66,9. El poder de compra, para la misma fecha, era del 74,8, también contra un índice 100 en 1985 (datos de FIEL, "Indicadores de Coyuntura" julio 1993; no se incluye salario proveniente de horas extras). Por otra parte aumentó la productividad: según el Instituto de Desarrollo Industrial de la Fundación UIA ("Costo laboral relativo: un análisis sectorial", mayo de 1993) la productividad media para la industria manufacturera, calculada como el cociente entre el producto bruto industrial y el número de obreros ocupados aumentó un 23% entre 1990 y 1992. En resumen, baja del salario y aumento de la productividad -por racionalización y aumento de ritmos de trabajo y/o tecnificación parcial- significan un aumento importantísimo de la tasa de explotación, que tiende a elevar a su vez la tasa de ganancia. La alta tasa de desocupación (entre desocupados y subocupados suma- ría el 23% de la población activa) actúa como un elemento clave con-

tra la capacidad de respuesta del movimiento obrero.

Se ha pensado muchas veces que bastaría que la rentabilidad de los capitales mejorara para que inmediatamente se asistiera a un gran crecimiento de la inversión. Sin embargo no debe entenderse esto de forma lineal, mecánica. El débil crecimiento de las economías capitalistas en los ochenta nos muestra que, a pesar del aumento de la explotación obrera, de las racionalizaciones y del aumento de la productividad, el ciclo de fuertes inversiones sigue sin aparecer. La rentabilidad general del capitalismo mejoró pero la economía mundial sigue débil. El factor más importante que explica esto (siguiendo la investigación de Michl citada) es la elevada composición orgánica de capital⁶. Pero además deben ser estudiados otros factores, muy importantes.

Lo que decimos se aplica en mucha mayor medida a la economía argentina. Al estudiar cómo el aumento de la explotación se refleja en la rentabilidad de los capitales industriales es necesario tener en cuenta otras determinaciones: en primer lugar, cómo incide la generalización de la caída de la tasa de ganancia internacional -vía presión internacional de la competencia capitalista en esta fase de apertura comercial- en el caso particular argentino, dada la apertura comercial y la estructura de pre-

cios derivada del tipo de cambio fijo. En segundo lugar las transferencias de plusvalía a sectores improductivos, comerciales y financieros. Empezaremos por ubicar el significado de la apertura comercial desde el punto de vista de la lógica de la ley del valor.

Apertura comercial e internacionalización creciente de la economía

La apertura comercial a la que asistimos responde a la tendencia de creciente internacionalización de la economía mundial. Su papel objetivo es imponer la disciplina del mercado sobre el conjunto del capital, que se concreta en la presión por el aumento de la tasa de explotación y por el "desgrase" de los capitales improductivos, así como por la reducción del gasto público.

Esto devela a su vez el sentido más profundo de la competencia capitalista. Como decía Marx, los economistas burgueses charlan sobre la competencia y la convierten en el fundamento de toda la producción moderna, pero nunca descubren su significado esencial: hacer que las tendencias inmanentes del capitalismo -la tendencia al aumento de la plusvalía, al crecimiento de la productividad- se le presenten al capitalista individual como una coerción externa a que lo somete el capital ajeno⁷. La

exacerbada competencia mundial entre monopolios juega este rol en forma multiplicada. Cada capitalista individual y cada estado nacional está obligado a llevar hasta las últimas consecuencias la tendencia que se deriva de la lógica del desarrollo de la crisis, en particular en lo que respecta a la relación con el trabajo asalariado; esta presión se ejerce en grado superlativo sobre los países dependientes. El medio para imponerse no es otro que la creciente mundialización y movilidad de los capitales -líquidos y mercancías- a través de las fronteras. De esta forma las aperturas comerciales hacen valer la fuerza internacionalizada del capital frente a un movimiento obrero que sigue sujeto a una ideología y políticas estrechamente nacionales. Como muy acertadamente afirma Blecker (1989), "en términos marxistas podemos decir que las relaciones de comercio exterior crean relaciones de producción internacionales". Los obreros son obligados a competir internacionalmente -con la complicidad nacionalista de direcciones sindicales, que buscan en los acuerdos proteccionistas su salvación- y a cambiar recortes salariales por empleos siempre precarios ante la competencia siempre exacerbada. El país que no se somete a las exigencias del capital internacionalizado corre el peligro de ver cuestionada su inserción en el mercado mundial. Los capitales

ejercen una permanente presión sobre los estados nacionales, al invertir sólo donde las condiciones generales para la explotación de la mano de obra son óptimas. Esta es una reproducción a nivel mundial de una tendencia que ya había señalado Marx. Como sostiene D. Harvey (1990): "Marx ... llama la atención principalmente sobre el poder extraordinario del capital para adaptarse a las variables circunstancias en que se encuentra por ejemplo, la amenaza de la movilidad del capital, el cierre de la planta o de que se trasladen a otra parte los talleres con la consecuente pérdida de empleos, es una fuerza poderosa con la que se puede disciplinar a los trabajadores" (pag. 123).

La acción del capital financiero merece una atención especial. La presión y dominio del capital financiero sobre los estados nacionales fue señalada por Lenin a principios de siglo⁸; hoy se da en forma muy acentuada por el grado de internacionalización del capital financiero y del régimen monetario⁹. Bonefeld (1993) muestra cómo los movimientos de capital monetario internacional imponen su disciplina por sobre las políticas monetarias, fiscales y sociales de los estados nacionales. "Las políticas estatales son subordinadas directamente a los flujos de dinero en los mercados internacionales" (pag. 58). Cuando una política

nacional no es compatible con las necesidades de la acumulación capitalista, la moneda nacional respectiva se ve sometida a una fuerte presión especulativa. En los países dependientes y endeudados la sujeción alcanza los mayores niveles, ya que las posibilidades de resistir movimientos especulativos contra la propia moneda son mínimos.

De esta manera se va conformando una nueva división internacional del trabajo, que no surge como producto de las decisiones conscientes de algún poder oculto, o de la "perversidad moral" de tal o cual gobernante subido a la moda reaccionaria de la hora, sino como resultado de múltiples movimientos, presiones y choques, entre clases sociales, interburguesas y entre los estados.

Tipo de cambio y estructura relativa de precios

El tipo de cambio sobrevaluado es el precio pagado por frenar el proceso inflacionario a partir de anclar la tasa de cambio (ver Salama y Valier (1993)). Detener la espiral hiperinflacionaria se convirtió en un imperativo para el conjunto del capital, dada la imposibilidad de continuar con una acumulación basada en la expansión inflacionista de las exportaciones y en la desvalorización de la fuerza de trabajo vía desvalorización de la moneda. Asumiendo los intereses

del conjunto del capital, el estado reestableció el poder de la moneda -dolarizada, es decir, renunciando en gran medida a su manejo soberano-, condición esencial del poder de los capitales y de su acumulación (ver S. Clarke (1988) sobre la importancia de este punto). Las tasas de interés, más elevadas con respecto a los Estados Unidos y otros países adelantados, provocan una entrada de capitales que a su vez mantienen y acentúan la sobrevaluación del tipo de cambio; o sea, ésta no refleja un aumento de la productividad industrial del país -como lo indicaría la teoría del tipo de cambio por la paridad del poder de compra de las monedas- sino los movimientos del capital financiero con altos componentes especulativos¹⁰.

Esta sobrevaluación del tipo de cambio transmite las presiones del mercado mundial al mercado interno en forma amplificada, imponiendo la constrección imperiosa de nivelar las condiciones de trabajo y salarios a los niveles más bajos, dada la situación de sobreproducción y crecimiento débil de la economía mundial.

La apertura comercial y el tipo de cambio fijo dieron como resultado importantes modificaciones en la estructura de valor-precios, lo que implica cambios en la apropiación y realización de plusvalía por uno u otro sector. Esto provoca transformaciones

muy abruptas en el aparato industrial. A pesar del aumento de la explotación, no todas las empresas logran niveles de rentabilidad satisfactorios para impulsar la acumulación capitalista, dada la caída de los precios internacionales y la apertura en estas condiciones. Por ejemplo en los últimos 4 años los precios de productos petroquímicos bajaron alrededor del 50%, el aluminio más del 40%, muchos productos siderúrgicos entre el 15 y el 20%.

Esto explica que la tendencia hacia la internacionalización de la economía genere a su vez contratandencias hacia un mayor proteccionismo. Así como la internacionalización responde a la lógica del capital "en general", sabemos que éste no actúa en abstracto como tal, sino particularizado en los "muchos capitales". Cada capitalista y cada sector está de acuerdo con la apertura comercial a excepción de la que afecta su propia industria. De allí que constantemente se renueven presiones por el proteccionismo, y las grandes potencias tiendan a la formación de grandes espacios económicos, fortalecidos detrás de barreras arancelarias. La intervención estatal, con subvenciones, protecciones, aperturas parciales, etc, puede jugar un rol importante en la redistribución de plusvalía entre los diferentes sectores. La apertura de la economía argentina responde a

la tendencia general hacia la internacionalización de las fuerzas productivas, pero mediada por las presiones proteccionistas y los juegos de lobbies de las diferentes fracciones burguesas. Sin embargo los países imperialistas, con mayor poder económico y político, son los que imponen las mayores barreras y tratan de asegurarse zonas privilegiadas.

En nuestro país los sectores menos sometidos a la competencia externa pueden evadir parcialmente los efectos de la sobreproducción mundial. Se origina así un movimiento de precios que determina a su vez un amplio abanico de tasas de ganancias entre sectores. Desde el lanzamiento del plan de Convertibilidad los precios de las manufacturas industriales bajaron en el orden del 40 al 50% con relación a los precios de sectores de servicios o productos protegidos en la comercialización para el mercado interno. Esto significa una transferencia de plusvalor importantísima hacia sectores monopólicos internos - entre ellos los que se beneficiaron con las privatizaciones de los servicios públicos - y hacia sectores improductivos ligados a la comercialización (sus efectos sobre la tasa de ganancia se tratan luego), así como la transferencia de plusvalor a sectores financieros, afectando negativamente la rentabilidad y por lo tanto las inversiones en

sectores manufactureros como celulosa y papel, petroquímica, siderurgia, aluminio, etc. A pesar de que en nuestro país las estadísticas sobre rentabilidad empresaria son casi inexistentes, puede tenerse un panorama del problema a través de las empresas cotizantes en la Bolsa. Es cierto que en muchos casos la productividad por obrero ha mejorado sustancialmente, y los márgenes de beneficio aumentaron con respecto a 1991, pero sin embargo siguen siendo exiguos en grandes ramas del sector manufacturero¹¹.

La situación es altamente inestable, ya que está condicionada por los cambios en la economía mundial y por las posibles variaciones en el tipo de cambio y la estabilidad financiera de conjunto. Por eso la conformación de los grupos y de las relaciones interburguesas está lejos de configurarse de manera medianamente estable. Por ejemplo, desde mediados de la década de los ochenta parecía delinearse una estructura productiva con un sector exportador dinámico, liderado por empresas pertenecientes a los grandes grupos económicos, que lograban ocupar "nichos" en la división internacional del trabajo, junto a los grandes conglomerados vinculados al petróleo y a contratos estatales.

Si comparamos la actual estructura exportadora con la que existía hace apenas tres años, nota-

mos cambios importantes en el dinamismo de las principales exportaciones manufactureras. Sectores productores de insumos industriales básicos pierden fuerza con respecto a tres años atrás. Es el caso de las siderúrgicas como Siderca o Aceros Paraná (ex Somisa); de Aluar (aluminio); de las petroquímicas. También pierden relativamente los frigoríficos e industria del cuero, mientras que por otro lado avanzan las petroleras, las automotrices y algunos sectores de la alimentación como las aceiteras (datos tomados del estudio especial sobre empresas industriales que más exportan de "Prensa Económica", julio 1993).

Hoy adquieren más dinamismo los grandes conglomerados ligados al área energética y nuevos grupos, como los que prestan servicios volcados al mercado interno; la estructura final dependerá en gran medida de las resultantes de las presiones interburguesas en torno al tipo de cambio y la política industrial, y de la evolución de la economía mundial.

Lo mismo podemos decir de la tendencia a la diversificación de los grandes grupos, tendencia que fue muy clara en los ochenta y que se prolongó durante toda la fase de privatizaciones intensas. Hoy pareciera que hay una reversión - por lo menos parcial- en el empuje hacia la diversificación (lo mismo se registra en Estados Uni-

dos desde mediados de los ochenta). Grandes grupos como Perez Companc, Garovaglio y Zorroaquin, Comercial del Plata o Alpargatas empezaron a abandonar emprendimientos, para concentrarse en ramas específicas.

Tasa de ganancia y trabajo improductivo

El pensamiento económico vulgar, desprovisto de una teoría objetiva del valor, no distingue entre trabajo productivo e improductivo. Se le escapa que los beneficios de sectores como el comercio (en la medida que correspondan a las operaciones derivadas de la metamorfosis de la mercancía) no son otra cosa que transferencias del valor generado en la producción¹². Esta distinción entre sectores productivos e improductivos, fundada en la teoría marxista del valor, cobra relieve a la hora de analizar el comportamiento de la rentabilidad del capital. Es que el crecimiento de un amplio sector ligado al comercio y otros sectores no productivos de plusvalor agudiza las tensiones sobre la tasa de ganancia. Fred Moseley (1992) ha insistido en la importancia de los gastos improductivos, en particular en el crecimiento de la estructura comercial, para deprimir la tasa de ganancia en las economías capitalistas desarrolladas.

En Argentina podemos obtener un índice de la disminución del trabajo productivo con respecto al improductivo a partir de comparar los ratios entre trabajadores ocupados en la manufactura y la construcción con respecto a los ocupados en el comercio¹³ (ver recuadro):

Distribución porcentual de la población ocupada por rama de actividad, Capital Federal y Gran Buenos Aires:

	1980	1992
(1) personal ocupado en manufactura + construcción	39,6	30,0
(2) comercio	18,4	21,0
Ratio (1)/(2)	2,15	1,42

(Fte: Indec).

Como puede apreciarse, la estructura fuertemente improductiva de 1980 ha tendido a agravarse. En aquel año por cada ocupado en el comercio había 2,15 ocupados en la industria o en la construcción; en 1992 ese ratio había disminuido a 1,42, una caída del 34%. Este ejército de trabajadores improductivos es alimentado por el permanente flujo de trabajadores que son expulsados del sector productivo. Sólo de las empresas públicas más de 200 mil perdieron el trabajo desde 1989 (fueron da-

dos de baja 258.000 de los cuales sólo 55.700 pasaron a las empresas privatizadas). La mayoría han entrado en las variantes del kiosko o actividades semejantes.

Como sostiene Moseley, a pesar de que el aumento de la productividad contribuye al aumento de la tasa de beneficio - por el aumento de la tasa de plusvalía- el resultado del incremento es mucho menor que el requerido para una restauración adecuada de la tasa de beneficio.

La tendencia al crecimiento del trabajo improductivo destinado al comercio parece ser general en el capitalismo actual (a diferencia del trabajo bancario y financiero, que estuvo sujeto a una amplia mecanización y automatización). Moseley concluye que alrededor de dos tercios del aumento del trabajo improductivo en los países capitalistas adelantados se debió al trabajo comercial. Considera que la causa fundamental está en las dificultades que encuentra el capitalismo para tecnificar estos trabajos. Si bien esto es cierto, podemos posiblemente adelantar otras dos hipótesis: por un lado, las dificultades de realización de plusvalía, lo que obliga a la intensificación de las cadenas de comercialización, acción de propaganda, etc. En segundo lugar, el refugio que encuentran los sectores desplazados de la producción en los "nichos" de la comercialización no

monopolizados, recreando una estructura de clase pequeño burguesa empobrecida.

Gasto público y pago de deuda

Otro elemento importantísimo en la disminución de la plusvalía disponible para la inversión está constituido por el drenaje que significa el mantenimiento del gasto estatal y en particular de la deuda pública, interna y externa.

Desde el punto de vista teórico el problema del gasto público y de su financiamiento no está completamente saldado en la discusión marxista. Nosotros nos inclinamos por la tesis de que, salvo el gasto en servicios de seguridad social (que sería capital variable social, esto es, parte del costo de reproducción de la fuerza de trabajo, tomado de conjunto por el capitalismo), todos los gastos que hacen al mantenimiento del aparato represivo, administrativo, y los gastos de reproducción y mejoramiento de la red de infraestructura son financiados con plusvalía. A ello se suma el pago de los intereses y capital de la deuda pública.

Para analizar el problema del gasto público y su influencia en la acumulación de capital, consideramos esencial situarnos al nivel de la producción. Como dice Yaffe (1979), "las contradicciones de la intervención estatal han de ser lo-

calizadas en el punto de producción de plusvalor y no en la distribución del ingreso nacional" (pag. 74). En una fase de crisis, occasionada precisamente por la caída de la rentabilidad de los capitales, la presión por reducir toda transferencia de plusvalía al estado se agudiza. Pero al mismo tiempo la reducción de la inversión privada, y con ello de la producción de plusvalor, agudiza la crisis fiscal, y con ello el endeudamiento general. A su vez, las presiones de diferentes sectores burgueses por subvenciones, por salvarse del disciplinamiento que impone la ley del mercado durante la crisis, se agudiza. Cada capitalista acepta "en general" que la superación de la crisis de rentabilidad implica la desvalorización de importantes sectores del capital total, siempre que no afecte a su capital en particular. Las presiones y las necesidades del estado de acudir en socorro de sectores afectados regenera déficit fiscal que drena plusvalor. En lo que respecta a los gastos sociales, si bien durante la crisis se reducen considerablemente, también tienen límites que se hacen difíciles de superar hacia abajo, sin provocar graves problemas de legitimidad al estado.

Estas tendencias provocan efectos contradictorios. Por ejemplo, la caída de la inversión pública debilita la infraestructura productiva (capital constante social,

según la categoría que tomamos de B. Theret y M. Wiewiora (1980). Si bien esta caída aligeró la presión sobre el plusvalor disponible para la acumulación capitalista privada, al mismo tiempo el deterioro de la estructura productiva reactivó aumentando los gastos generales del capital. Este es un resultado general de la onda larga recesiva en los países capitalistas (inclusive algunos sostienen que la actual infraestructura productiva de los EE.UU. está más deteriorada que en los años treinta). En Argentina se manifiesta agudamente, dado el largo estancamiento de la inversión en este terreno. El deterioro de la infraestructura productiva y los gastos que conlleva pressionan sobre las cuentas públicas y reducen las posibilidades de tributación fiscal.

Todos estos elementos explican la siguiente paradoja que se advierte en todos los países capitalistas: al tiempo que pregona la reducción del gasto público, éste no deja de aumentar. En el caso de nuestro país, el problema se agudiza por los enormes servicios financieros que implica la deuda pública. De enero a junio de este año, los servicios financieros insumieron erogaciones al Tesoro por un promedio de 418 millones de dólares mensuales (para tener un parámetro de comparación, los gastos en personal fueron en promedio de 323,9 millones. Datos de

Fiel, "Indicadores de coyuntura", julio de 1993). Este es un drenaje de plusvalía, que inevitablemente incide sobre la tasa general de ganancia del sector productivo.

Crecimiento del endeudamiento privado de las empresas

El pago de las deudas por capitales prestados es una fracción de la plusvalía, que en condiciones "normales" de la acumulación no debería poner en peligro a ésta. Pero en la medida en que las condiciones de realización del producto se dificultan, y con ello la facilidad para la rotación de los capitales industriales, existe una tendencia al aumento del endeudamiento a corto plazo. En determinado momento los intereses adeudados pueden comenzar a exceder el ingreso generado por el capital en activo, de manera que se empiezan a contraer deudas para pagar intereses; entonces la deuda pendiente crecerá debido a los intereses que se acumulan sobre la deuda existente. Es lo que Minsky (1982) llama "financiamiento Ponzi", que lleva por lo general a una crisis financiera. Un aumento del ratio deuda/ingresos de las empresas acrecienta el peligro de entrar en un financiamiento en espiral "a lo Ponzi", dado que disminuye el porcentaje de declinación del ingreso que provocará dificultades en el cumplimiento de las deudas (ver en

Minsky (1982), "Can "It" Happen Again?").

Si bien en nuestro país no se ha llegado a una situación de tipo Ponzi, el ratio de deudas sobre ventas y patrimonio ha crecido en forma importante, lo que significa una importante disminución de la plusvalía que queda en el sector productivo. De acuerdo con un estudio realizado sobre el endeudamiento de las empresas cotizantes en Bolsa, (J. Hansen en "Ámbito Financiero", 31/5/1993) desde el primer trimestre de 1991 hasta fines de 1992 la deuda global de las empresas había crecido 613 millones de dólares, llegando el total de la deuda a los 3.943 millones. Tomando como indicador la relación deuda total/patrimonio neto, este era de 36% en el primer trimestre de 1991 y llegaba al 50,9% en diciembre de 1992. El plazo de vencimiento del 63% de estas deudas era menor de un año. En estas condiciones una caída de ventas, una recesión, podría tener efectos graves sobre el conjunto del sistema bancario y profundizar a su vez la recesión. Debe tenerse en cuenta que más del 60% de la deuda de las empresas está contraída en dólares (lo que representa dificultades crecientes para la balanza de pagos). Ya en los últimos meses los bancos debieron refinanciar forzosamente arriba de 300 millones de dólares sólo en operaciones de salvataje de grandes

empresas (Indupa, Massuh, Frigorífico Río Platense, Georgalos), además de las quiebras y la situación crítica que afecta a amplios sectores de la producción mediana y pequeña, industrial o agrícola. Son todos elementos característicos de un ciclo de bases débiles, que a mediano plazo pueden adquirir enorme importancia.

Por otra parte, si se toma de conjunto el tema del endeudamiento, se ve que la deuda privada ronda los 8.000 millones de dólares. Tomando como referencia el año anterior al del plan de Convertibilidad, el endeudamiento total habría pasado de representar un 12% del PBI a un 19% (estimado) en 1993 (de acuerdo a cálculos privados; "La Nación", 11/4/1993). Esto confirma otra similitud con los ciclos de otros países capitalistas en esta fase larga de crecimiento débil, porque gran parte de ese endeudamiento fue a financiar el "boom" de consumo de las capas medias de la población.

Excedente comercial y tipo de cambio

La contrapartida de la fijación del tipo de cambio fue la desaparición del excedente comercial, que se transformó en déficit. Este engrosa a su vez el déficit de la cuenta corriente (suma del saldo de la balanza comercial y de las transferencias por servicios financie-

ros). Si en los 5 años que van desde 1985 a 1990 el déficit de la cuenta corriente sumó 9.125 millones de dólares, en sólo dos años (1991 y 1992) superó los 11.200 millones. A mediano plazo esta situación impone nuevos problemas a la marcha de la economía argentina, en particular por su fuerte endeudamiento externo.

El pago de la deuda externa debe realizarse en divisas fuertes, en dólares, para lo cual es necesario proveerse de los mismos. Esto puede darse por dos vías: o bien por excedente de la balanza comercial, o por ingresos de capitales (Argentina no dispone de inversiones extranjeras de magnitud significativa, que podrían ser otra fuente de ingreso). Este año los datos del comercio exterior disponibles muestran que la situación tiende a agravarse. El déficit de la balanza comercial en los primeros seis meses del año fue de 770,9 millones de dólares, un 33,4% superior si se lo compara con el mismo período de 1992. Las exportaciones crecieron un 6,6% pero las importaciones lo hicieron un 9%.

Los servicios de la deuda externa para los próximos años son difíciles de calcular, pero de acuerdo con lo informado por el propio ministro Cavallo, los mismos serían algo menores al 2% del PBI, con lo que rondarían los 3.500 millones de dólares anuales.

Hasta el momento el déficit de cuenta corriente fue cubierto por el ingreso de capitales extranjeros, una parte del cual vino por las privatizaciones, otra parte son capitales especulativos que entran al corto plazo, otros son repatriaciones de capitales. Pero ésta es una base muy endeble, que en cualquier momento se quiebra; ningún país puede resistir la presión de las inmensas masas de capitales golondrinas cuando deciden retirarse, luego de haber realizado fuertes diferencias; mucho menos puede hacerlo una economía débil, con fuertes déficits comerciales y endeudada como la argentina.

Paralelamente la inflación no cede en la medida suficiente como para mantener la paridad fija con el dólar¹⁴. Inclusive el Banco Mundial y Brady han hecho alusión a la inadecuación del tipo de cambio para revertir el déficit de la balanza comercial. Pero la solución no es tan sencilla porque una devaluación debilitaría fuertemente el disciplinamiento monetario, impulsando inmediatamente a la inflación, y entonces los efectos sobre los precios relativos serían nulos. La situación de los mercados internacionales no es promisoria, ya que las proyecciones de crecimiento para los países adelantados indican que seguirá débil, y el deterioro de los términos de intercambio para los productos prima-

rios no da muestras de revertirse. Por este lado entonces no se avizoran condiciones para un cambio sustancial en la balanza comercial.

Eventualmente, de continuarse en esta dirección, se podría desembocar en un "estallido" con similitudes a lo que hoy vemos en España. Este país, tan alabado en su momento como "modelo" a imitar por los partidarios de la actual política económica, entró en una profunda crisis. Luego de años de "boom" de consumo e inversiones especulativas, de política económica ilusionada con la magia de los manejos monetarios, las reservas y la moneda se derrumbaron, la tasa de desocupación hoy llega al 22% de la población activa, en diez años la deuda pública se multiplicó por cinco, el crecimiento económico es casi nulo y la balanza de cuenta corriente fuertemente negativa. La economía argentina tiene para colmo el peso de una colosal deuda externa y una estructura productiva mucho más deteriorada.

A modo de conclusión

Toda crisis económica estructural, como la que vive el mundo capitalista en esta onda larga plantea la emergencia de transformaciones en tres planos: a nivel de las relaciones intercapitalistas, de las relaciones capital-trabajo y en la división internacional del trabajo.

En la estructura económica y social argentina se han estado produciendo enormes transformaciones en los tres sentidos. Pero pensamos que aún no se vislumbra la emergencia de ninguna nueva etapa de acumulación capitalista (o



para decirlo en términos tan caros a la escuela de la regulación, no vemos que haya surgido un nuevo régimen que pueda ser calificado de post-fordista). Existe sí un ciclo de crecimiento económico que no modifica por ahora las condiciones generales de la fase larga depresiva, y que está inmerso en un contexto mundial en el que la economía no supera la tendencia al estancamiento. Lo que predomina por ahora es la crisis, y las respuestas del capital a la misma, tendientes a reestablecer la tasa de ganancia y a adecuarse a las necesidades de la economía mundial. Los cambios son profundos, pero creemos necesario subrayar que el resultado final de todo este proceso y la eventual superación de la fase larga depresiva (ya que no existe crisis sin salida para el capitalismo) no está aún definida y dependerá de la evolución de la lucha de clases y de las relaciones de fuerza intercapitalistas y a nivel mundial.

Buenos Aires, Septiembre 1993



Notas

I Cuando hablamos de onda larga depresiva nos referimos a un período largo de tendencia al estancamiento, sin querer por ello significar un ciclo del tipo Kondratief. En nuestra opinión, es indudable la existencia de períodos largos de tónica depresiva, así como períodos largos expansivos en la economía capitalista. Pero las evidencias empíricas son hasta ahora inconsistentes con la tesis de los ciclos Kondratief -o sea, con la existencia de ciclos de aproximadamente 25 años de ascenso

y 25 de descenso-, en especial en lo que hace a las cifras de acumulación y producción real. Ver al respecto M.N. Clearly y G.D. Hohbs (1983) N.Rosenberg y C.R. Frishtak (1984).

2. Para una comprobación empírica de la tendencia al aumento de la composición de capital, que durante mucho fue negada por los neo-ricardianos, ver E. Ochoa (1986). Sobre la relación entre la acción de la ley y las causas contrarrestantes, ver Th.R. Michl (1991).

3. Al respecto hay que superar una visión que estuvo muy en boga en la izquierda latinoamericana, cuya máxima expresión teórica fue la teoría de la dependencia, que negaba toda posibilidad de desarrollo económico a los países subdesarrollados. Para citar una vez más una crítica que muchas veces se le hizo, la teoría de la dependencia nunca pudo dar cuenta teórica del caso coreano.

4. "...en la crisis general de la superproducción la contradicción no se da entre los diferentes géneros del capital productivo, sino entre el capital industrial y el "loanable" (que puede prestarse): entre el capital tal cual se introduce directamente en el proceso de producción y el capital tal cual se presenta como dinero, de manera autónoma (relativamente) y al margen del proceso). Marx (1989) pags 365-7).

5. En los EEUU se ha calculado que el 72% del ahorro en la posguerra estuvo en manos de grandes empresas y sólo el 28% en promedio estuvo formado por ahorros personales. Más aún, la mayoría de estos se destinaban no a la industria, sino a la construcción de viviendas.

6. El trabajo de Michl tiene importancia en cuanto demuestra cómo la ley descubierta por Marx actúa en el largo plazo, creando las condiciones estructurales para la fase larga depresiva. El bloqueo progresivo de las causas contrarrestantes entre fines de los sesenta y comienzos de los setenta -subida del salario real por presión sindical y subida de los precios de las materias primas- se combinó entonces con una presión ascendente de la composición orgánica del capital, para dar como resultado la caída de la tasa de ganancia. La inestabilidad financiera que acompañó al proceso y la crisis de sobreproducción a su vez reaccionaron sobre la tasa de ganancia.

A fines de los setenta los salarios se habían contenido y habían comenzado a deteriorarse seriamente, y los términos de intercambio volvían a ser favorables para los países adelantados. Sin embargo la composición orgánica de capital siguió actuando como causa estructural de largo plazo, que daba el sesgo general de inversiones débiles y recesiones a todo el período. Sobre la elevación de la composición orgánica durante la posguerra, ver Ochoa (1986) y también V. Perlo (1968) para una crítica a los que negaron durante un tiempo la validez empírica de la ley. De todas maneras, en nuestra opinión los trabajos de Ochoa son los más concluyentes al respecto.

7. Ver Marx (1989) Tomo 1 pag 366; Marx insiste en este punto en "El Capital" cap. 10 del tomo 1.

8. "El capital financiero, escribió Lenin, es una fuerza tan decisiva "en todo lo económico y en todas las relaciones internacionales, que es capaz de someter incluso a los estados (y de hecho lo hace) disfrutando la plena independencia política". Esto puede ocurrir sólo si la corriente de capital a interés alcanza un aspecto supranacional, muy por encima de las meras relaciones de poder entre los estados. Los gobiernos contraen deudas fuera de sus fronteras y quedan así sometidos a cierta disciplina fiscal y monetaria ... La conducta de las economías nacionales puede ser sometida igualmente a la disciplina de las corrientes internacionales, particularmente del capital-dinero. El

capital financiero, afirmó Lenin, es esta etapa en que el capital "echa sus redes sobre todos los países del mundo" por medio de la exportación de capital-dinero más bien que de mercancías" (D. Harvey (1990) pag. 327).

9. Nótese nuevamente la diferencia con los años treinta, en que se impuso un fraccionamiento de la economía mundial en zonas monetarias: este fraccionamiento sobredeterminó la existencia de lógicas nacionales que no seguían la de la crisis mundial. Hoy existe una mundialización del sistema monetario que permite un rápido y amplio movimiento de los capitales líquidos y condicionan ampliamente los desarrollos nacionales.

10. Otra característica general de muchos ciclos alcistas de las monedas en esta fase del capitalismo; con el importante aditamento de que en los países dependientes estos movimientos suelen terminar con reversiones violentas, cuando los capitales deciden retirarse. Por otra parte, es necesario relacionar estas reversiones con los cambios a nivel internacional de las políticas monetarias y financieras. En los países centrales, a los intentos de salida de la recesión del 74-75 por vía inflacionista -que llevó a una política de endeudamiento internacional- le siguió una reversión brutal hacia la reaserción de la restricción monetaria a comienzos de los ochenta (ver Aglietta (1984)). En ese entonces las altas tasas de interés en los Estados Unidos, en condiciones recesivas de amplias zonas del planeta, aumentaron la presión especulativa contra las monedas de países endeudados debido a la fuga de capitales. Un aflojamiento de la política monetaria en los países centrales ayuda en estos momentos a la entrada de capitales a los países dependientes; situación que, por supuesto, puede cambiar rápidamente, dadas las condiciones generales de inestabilidad económica y financiera.

11. Algunos casos son ilustrativos, como el de Acindar, empresa siderúrgica en que los trabajadores debieron enfrentar una fuerte ofensiva de reestructuración y explotación. Con menor personal e intensificación de los ritmos de producción la productividad medida por horas/hombre mejoró un 35% en 1991-92 y la dirección de la empresa espera que mejore de un 17 al 21% adicional entre 1992-93. (datos tomados de "El Economista" 26/5/93). Los márgenes de rentabilidad no subieron sin embargo en la misma proporción, por muchos de los factores discutidos a lo largo de este artículo.

12. "Liberado de las múltiples funciones que pueden vincularse con él como por ejemplo acopio, expedición, transporte, distribución, entrega al menudeo, el capital comercial, limitado a su verdadera función, que consiste en comprar para vender, no crea valor ni plusvalía, sino que se conforma con cumplir la función que implica la realización de ambos, y por lo tanto el verdadero intercambio de las mercancías, su paso de una mano a la otra: el intercambio social de sustancia" (Marx, tomo 3 capítulo 17).

13. Lo que buscamos es un índice del grado de evolución, no una división precisa entre trabajo productivo industrial e improductivo comercial. Como se indicó, dentro del trabajo comercial se encierra un trabajo productivo, el del transporte, almacenamiento, etc. Y dentro del personal ocupado en manufactura las estadísticas incluyen una parte dedicada a la comercialización dentro de las empresas.

14. A pesar del cero, mentiroso, de inflación en agosto, la inflación anual para los últimos 12 meses (más del 9%) sigue siendo incompatible con el tipo de cambio fijo. Digamos además que dados los

incrementos de la productividad, una inflación nominal cero significa una inflación real igual al aumento de la productividad. En términos de la ley del valor, el incremento de la productividad debería traducirse en deflación nominal de los precios. Esto muestra a las claras cómo el mecanismo monetario permite al capital apropiarse íntegramente de la plusvalía generada por el aumento de productividad.

Referencias Bibliográficas

- M. Aglietta (1984): "Les régimes monétaires de crise" en Critiques de L'Economie Politique Nro. 26/27.
- S. Amin (1975): La acumulación a escala mundial Siglo XXI: Buenos Aires.
- R. Blecker (1989): "International competition, income distribution and economic growth" en Cambridge Journal of Economics Nro. 3.
- W. Bonefeld (1993): "The Global Money Power of Capital and the Crisis of Keynesianism: A Research Note" en Common Sense Nro. 13.
- P. Bullock y D. Yaffe: "Inflation, the Crisis and the Post-War Boom" en Revolutionary Communist 3-4.
- S. Clarke (1988): Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State Cambridge University Press.
- M. N. Clearly y G. D. Hobbs (1983): "The fifty year cycle: a look at the empirical evidence" en Freeman (ed) Long Waves in World Economic Developments Butterworth: Londres.
- J. R. Crotty (1985): "The centrality of money, credit and financial intermediation in Marx's crisis theory" en Rethinking Marxism S. Resnick y R. Wolff (eds) Nueva York: Autonomedia.
- D. Harvey (1990): Los límites del capitalismo y la teoría marxista FCE: México.
- L. J. Junker (1967): "Capital Accumulation, Saving-Centered Theory and Economic Development" en Journal of Economic Issues Nro. 1.
- E. Mandel (1979): El capitalismo tardío Ed. Era: México.
- C. Marx (1989): Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858 Siglo XXI: México.
- C. Marx (1975): El Capital Siglo XXI: México.
- Th. R. Michl (1991): ""Wage-profit curves in US-manufacturing" en Cambridge Journal of Economics Nro. 3.
- H. P. Minsky, (1982): Inflation, Recession and Economic Policy Londres: Wheatsheaf Books.
- F. Moseley (1992): "The Decline of the Rate of Profit" en Capital and Class Nro. 48.
- V. Perlo (1968): "Capital-Output Ratios in Manufacturing" en Quarterly Review of Economics and Business otoño
- E. Ochoa (1986): "An input-output study of labor productivity in the US economy" en Journal of Post Keynesian Economics Nro. 1.
- C. Ominami (1986): Le tiers monde dans la crise La Découverte: Paris.

- N.Rosenberg y C.R.Frishtak (1984): "Technological innovation and long waves" en Cambridge Journal of Economics Nro.1.
- P.Salama y J.Valier (1993): "Argentina, Brasil y México. Similitudes y diferencias del ajuste antiinflacionario" en Cuadernos del Sur Nro. 15.
- B.Theret y M.Wiewiora (1980): Crítica de la teoría del capitalismo monopolista de estado Terra Nova: México.
- D.Yaffe (1979): "La crisis de rentabilidad" en En Teoría Nro. 1.

Fuentes

- "Indicadores de Coyuntura" de FIEL.
- "Indicadores macroeconómicos de la Argentina" de Cepal.
- "Informes sobre Actividad Económica" Bco Río.
- Diarios: "Clarín" "La Nación" "Ámbito Financiero".
- Revistas: Colecciones de "El Economista" / "Mercado" / "Prensa Económica" / "Realidad Económica".



Cuadernos de Ciencias Sociales
